

la objetivación como método de crítica y acción resulta contraproducente, sobre todo en el campo de la cultura. Es por ello que la necesidad de frenar el simplismo de ciertas doctrinas ha de conducirnos a la asunción del mundo por parte de los hombres de una manera directa. La literatura ha de ser un reflejo de esta captación del mundo, que pasa a ser participación de inmediato. Los individuos han de comunicarse con aquello que les afecta, en lugar de permitir que les empujen las circunstancias.

Esta propuesta de Sábato facilita dos aprendizajes: el primero compromete al escritor, su debate interior. A pesar de la visión simplificada de la realidad, posible merced a sus estudios científicos y a su militancia política revolucionaria, donde la realidad cobra un sentido según los esquemas de una ideología, Sábato no se conforma con esa «solución» que separa al sujeto de su medio vital. La segunda enseñanza se deduce de tal propuesta: el individuo ha de integrarse en su esfera de acción, particular y social, salvando el abismo que niega, en la práctica, su libertad.

No es suficiente, parece decirse Sábato al abdicar del marxismo como explicación única de lo que le rodea. Y lo mismo ocurrirá al abordar las formas parciales en que la narrativa se define en la sociedad con pesados y ampulosos lastres que limitan la comunicación, formas que llevan a una óptica unívoca como el psicologismo, la novela social o la literatura hermética. Para Sábato, además, la existencia no es un experimento; eligiendo la libertad, elige asimismo la humanidad. Este es el tono y el clima de su expresión.

Nos hallamos, en consecuencia, ante los aspectos voluntarios y absurdos de la tarea creativa del ser humano, el esfuerzo considerado estéril, que consiste, según denuncia Albert Camus en *El mito de Sísifo*, en la rebelión del individuo contra su condición, y que se consume cuando la conciencia margina la satisfacción como un objetivo a conquistar. «Todo pensamiento que renuncia a la unidad exalta la diversidad. Y la diversidad es el lugar del arte», concluye Camus.

En Sábato ésta es una premisa inamovible. Por su experiencia científica, además, advierte que las condiciones del arte van ligadas hasta alcanzar un último estadio: la libertad. La ciencia «satisface» una investigación en virtud de la explicación causa-efecto. La ciencia «satisface» el saber. La literatura, o la pintura, o la música, enfrenta a la persona con el misterio perenne de su conciencia, que no le concederá reposo. Sin embargo, no hemos de entender por ello que la vida sea entregada por el autor a una causa paralela a la del cientifismo, el arte en este supuesto, sino que la creación se transforma en el medio para la celebración de la existencia.

Cuando Sartre plantea la contradicción que inhabilita la ficción literaria o la meditación filosófica, en razón de las evidentes injusticias que asolan otras naciones, otras civilizaciones, Sábato replica afirmando que no es posible negar los valores que apoyan la dignidad humana para aplicar el esfuerzo intelectual a un proyecto teórico o político. Es imprescindible traspasar la frontera de lo estético en la literatura si se anhela alcanzar sinceramente la verdad. Sábato profundiza así en la observación camusiana y en las honduras críticas de la pregunta de Sartre. El pensamiento, exaltando la diversidad de lo existente, apuntando necesidades y errores vitales en la existencia de los individuos, interviene en la literatura como un puente que contribuye a la integración de lo humano, ayuda a guiar los pasos reales de las sociedades hundidas en la arbitrariedad y en la injusticia. Ese es el legado de unas áreas geopolíticas más avanzadas respecto a las más necesitadas. En último extremo, ¿cabe suplantarse—repetiendo el desgajamiento efectuado por la técnica y la ciencia—la voluntad de los pueblos desde una posición extraña? Sartre, impulsado por un noble interés y consciente de la impotencia del trabajo intelectual para aportar soluciones prácticas, ha confundido la esencia de la literatura con los efectos exigibles a una ciencia: la ciencia política. De ahí que las consideraciones de Sábato acerca de las funciones culturales de la novela—catártica, cognoscitiva e integradora—no sean susceptibles de una interpretación que las condene como apoyatura de un pretexto para evitar el compromiso del escritor.

Tanto en sus ensayos como en sus novelas, Sábato ha probado que una de sus constantes estriba en el lúcido análisis de la realidad, en defensa de los valores que fortalecen la esperanza acerca del tenebroso destino que la realidad misma profetiza para el ser humano. Pero con una diferencia trascendental: sus ensayos enjuician un mundo repleto de referencias concretas, en tanto la novela—admitiendo la dispersión—se concentra con vigor en tragedias individuales que resumen un drama colectivo. De esta forma, Sábato ha condenado y desarmado los principios teóricos del autoritarismo, cualesquiera que fuesen sus raíces políticas, reivindicando la necesidad de que los valores que favorecen el enriquecimiento de la persona, como ser social, configuren su convivencia, mientras sus novelas nos anuncian, entrando y saliendo de la ficción, la catástrofe que nos amenaza—desde nuestro interior, desde nuestra individualidad—, sugiriéndose como un fragmento inevitable de lo cotidiano y de la civilización del progreso.

Si en *El túnel* apreciábamos que la ambigüedad planeaba sobre cada uno de los capítulos en los que el pintor Castel justificaba el

asesinato de la mujer que amaba—que había cometido llevado de una convicción absoluta, fanática, en la que se mezclaba el dolor con el resentimiento—, en *Sobre héroes y tumbas* la polivalencia se materializa en la aparente falta de sentido de las conductas que Sábato reúne en la narración. En esta irracionalidad, que apela con vehemencia a las fuerzas del espíritu, una vez traspasada la razón, trabajará Sábato al introducirse como un protagonista más en ese clima supuestamente apacible, donde se desarrolla la acción, que disfraza la locura, el terror, el amor, la frustración, la luz, y cuya culminación es *Abaddón el exterminador*. La trilogía novelística de Sábato plasma una atribulada y compleja evolución, cuyo equilibrio vuelve a situar en primer plano la conciencia del sujeto que se enfrenta y adentra en el universo. Mas no encontraremos en la prosa de Sábato una meticulosa descripción de personajes, en lo que se refiere a lo físico. Tampoco preciosismos líricos ni retórica intelectual: hallaremos una dolencia profunda que une a los protagonistas en torno al drama.

Un crimen, en *El túnel*, servirá de hilo conductor. Y en *Sobre héroes y tumbas*, un crimen ligado a la autodestrucción, punto de partida también de las reconsideraciones de *Abaddón, el exterminador*. Ese padecimiento desesperado aporta coherencia al cuadro que el escritor ha tratado en cientos de páginas, mediante el equívoco, el terror, la contemplación y la lucidez... Resulta imposible ignorar las situaciones en que se encuentran los personajes sabatianos: atormentados por su responsabilidad en el drama que les obsesiona o suplantados de hecho por la fiebre que aniquila su serenidad. En torno a ellos transitan seres distanciados de esa inquietud individual y colectiva, pero en un modo u otro parte de la remota contienda entre el bien y el mal.

El escritor es dividido por las tensiones de sus personajes. Y algo destaca por encima de todo: una bondadosa atención que se introduce en los conflictos de cada una de sus creaciones o reencarnaciones, y nos las presenta en un hilo de voz confidencial. En muy pocos casos puede afirmarse que los protagonistas de la traducción literaria y reflexiva de Sábato no se encuentren al límite de sus fuerzas, al borde de ese precipicio perpetuo en el que discernir la ficción y la realidad deviene imposible.

Cuenta, a pesar de ello, un factor que mitiga la horrible marginación de los personajes: Sábato recoge al ser humano de su aislamiento vivencial para analizar innumerables tentativas por alcanzar esa integración del sujeto que sufre..., incluso al otro lado de la razón. Sábato, además, respeta un lenguaje característico, lo salva del uniformismo colonial, lo restituye no sólo en atención a un estado de